MITO Y TRANSGRESIÓN MORAL EN JUAN GIL-ALBERT

Luis Antonio de Villena

Entre los términos que más sentido tienen o que más pueden alumbrar el conjunto de la obra gilalbertiana (obra, por cierto, que a mi entender, no está aún situada en el escalafón histórico-literario que merece) "mito" y "transgresión", que a ratos pueden sonar contrapuestos, resultan fundamentales, y complementarios en ella.

Con "transgresión" significamos, a menudo, la ruptura de un orden político/ moral que no nos satisface. Transgresión no es, por tanto, un término negativo sino desde ese orden que tiende a perpetuarse. "Mito" (al contrario, en buena parte) es la encarnación de un emblema de tiempos pasados que, generalmente –ese mito– nos satisface y cumple. Pero ni siempre "mito" es la palabra positiva que parece, ni siempre "transgresión" la negativa. A menudo –como acabo de adelantar que ocurre en la obra toda de Gil Albert– ambas realidades se aglutinan en informan de sus mutuos significados.

La propia vida de Juan Gil-Albert (¿tendremos alguna vez, en España, el hábito de las nobles y cabales biografías, sin la hagiografía vana que convierte al muerto en estatua de mármol?) fue, en buena medida, una callada transgresión. Desde el joven galante que –aún en los años 20 del pasado siglo– se vestía de ruso refinado, en lo que él denominaba "a lo Yussupov", hasta el hombre maduro que vuelto ya del exilio (1947), siguió viviendo del ocio y en ocio, aún cuando las condiciones económicas familiares, que habían sido buenas, dejaron de serlo, pasando a menudo a ser menos que regulares, escasas. Pero él –artista, poeta, hombre libre– quiso seguir siendo "ocioso", término ahora en que mito y transgresión se aúnan. En un poema de su libro *Los homenajes* (1964, pero editado en 1976) titulado "La ilustre pobreza) (Homenaje a Miguel de Cervantes)" leemos: "La vida es ocio". Y más adelante el poeta, que se nos ha mostrado pobre y ocioso, leyendo a Lucrecio en un jardín público, culmina diciéndonos que pese

a todo –pese a las dificultades que sabe– intentará "acometer lo mágico inaudito/ de mantenerme siendo un ser dispuesto/ a defender impávido mi lujo". ¿Y cual es el lujo de ese hombre que tiene apenas lo necesario?. Obviamente el ocio es su lujo. (No ha variado hoy, sino que ha crecido, la pertinencia del poema).

En esa muy gilalbertiana fusión o confluencia de transgresión y mito –que naturalmente el escritor intenta resolver– juega un papel importante lo que suele llamarse "la España eterna". Algo que quedó muy bien definido en el ideario –teóricamente recuperado por el franquismo– de Marcelino Menéndez y Pelayo. "La España eterna" que une indisolublemente el Estado (la Monarquía Hispánica) con la religión católica, es la España de los llamados Siglos de Oro, entendiendo que sus valores no han caducado jamás, aunque políticamente quedara abatida y perdida con el fin de la dinastía Habsburgo, a la máximo. Esa "España eterna" será admirada por Gil-Albert (igual que por Luis Cernuda, recordemos el célebre poema "El ruiseñor sobre la piedra", el que cierra su libro *Las nubes*, 1940) en lo que tiene de grandeza artística e histórica –pasada irremediablemente– pero denostada en cuanto falsa herencia que ha recuperado siempre una derecha inmovilista y retrógrada, que sigue acudiendo a aquellos valores para justificar un país atrasado y sin libertades, en nombre de Dios y de su Iglesia.

Frente a la supuesta "España eterna" –viva aún, fantasma oscuro, en pleno siglo XX– Juan Gil-Albert se une de manera propia a una tradición que principalmente surge en el más avanzado romanticismo europeo: un retorno a la Grecia clásica, como emblema de una moral y de un modo de vida diferentes, renovadores desde el prestigio de una tradición casi perdida y censurada. (Recordemos a Gerard de Nerval en uno de los sonetos de "Les Chimères" –1854– exactamente en el titulado "Myrtho": "Car la Muse m'a fait l'un des fils de la Grèce").

En Gil-Albert (alicantino, muy mediterráneo) esa vuelta al paganismo clásico era compatible con la recuperación de los momentos más tolerantes –en lo moral– del Islam español, justamente aquel Al-Andalus de los reinos de taifas, entre cuyos régulos estuvo el de Valencia. Aunque acaso históricamente habría que hacer más de una precisión, para Gil-Albert –pertrechado de ejemplos literarios– la tolerancia vital del califato andalusí y de los consiguientes taifas (hasta la llegada de los rigurosos almorávides) podía equipararse algo a la misma tolerancia de la Grecia y de la Roma clásicas, antes de que se impusieran los valores judeo-cristianos. Esa moral tolerante (poco católica) en parte deconstruiría la "España eterna", pero en buena medida también, haría brotar una España nueva (la que quisieron los hombres y mujeres de la 2ª República) que sin negar lo mejor de los valores antiguos, abriría nuestra nación a un tiempo distinto, a prosperidad mayor y a una libertad mental –pensaba Gil Albert– que la mayoría de los españoles aún no ha conocido. Cervantes, Góngora o Velázquez serán los genios que son y que fueron, pese a la Inquisición y el orbe tridentino. Y eso es lo que mudaría,

no los genios auriseculares, sino el clima cerrado de la España de Trento, que había venido a parar –decayendo– en lo que Antonio Machado, con rabia cívica, llamó España "de cerrado y sacristía" (en el poema "El mañana efímero," 1913). Esa España vieja, mas que debía renovarse, es a la que Juan Gil-Albert dedicó dos magníficos ensayos literarios, *Drama patrio* (escrito en 1964 y publicado en 1977) y el no del todo concluso –pero interesantísimo, con todo– *España, empeño de una ficción*, editado en 1984. Este libro está dedicado a José Ortega y Gasset y a Miguel de Unamuno, para Gil-Albert, pensadores fundamentales de lo español contrapuesto, y uno de los cuales (Ortega) había influido muy decisivamente en el ideario de su juventud, al igual que ocurrió con otros autores de su misma generación. Desde Rosa Chacel a Benjamín Jarnés. Si tomáramos el título que el doctor Gregorio Marañón usó para su libro famoso sobre Toledo y lo pasáramos a España, a este referido libro de Gil-Albert mucho le cuadraría también haberse titulado "Elogio y nostalgia de España", porque el poeta alicantino echa de menos una España que bien podría existir –sus bases están y está su aliento– pero que no ha llegado a existir, porque el orden vigentísimo de la "España eterna" (vigentísimo, desde luego cuando Gil-Albert escribía) lo había impedido. España es mito y transgresión en su obra, como en otro sentido –ya adelantado– lo es el ocio, que se ejemplifica en una costumbre española y mediterránea: la siesta estival. Gil-Albert no llegó nunca a ir a Grecia, pero vio fotografiado en un libro, un monasterio bizantino en el Ática. El monasterio de Kaissariani. En él sitúa el poema titulado "A un monasterio griego" (del libro *El existir medita su corriente*, de 1948, una prolongación, ya en España, del clima de *Las ilusiones*, libro editado en Buenos Aires en 1944) en el que podemos leer:

> Más que el amor que un día me cediste,
> te pido, ¡oh Providencia!, que me lleves
> a aquel rincón que guarda entre sus brazos la indolencia
> divina.
> En el Himeto...

"A un monasterio griego" (no se cita su nombre) es un canto a la indolencia divina, al deleite de sestear, a la plenitud de una cultura, que se ha convertido en un modo de vivir. Parar inteligentemente. Difícil encontrar personaje, como Gil-Albert, tan ajeno a cuanto el negocio es e implica. "Siesta" y "ocioso" son palabras repetidas (incluso como títulos) dentro de la poesía y la obra gilalbertianas. En "Sensación de siesta. (Homenaje a Rubén Darío)", del libro *Los homenajes*, leemos al comienzo:

> Estar enamorado de la vida
> no es ahuyentar la muerte, no es temerla.

No es difícil entrever ahí al Gil-Albert que optó entre todas las filosofías postaristotélicas, por el tan denostado y mal comprendido epicureismo, por una filosofía de la moderada felicidad, que le cuadraba tanto a él como la máxima de Epicuro: "Vive escondido". (Retengo el título completo de un hermoso librito de Emilio Lledó: *El epicureísmo. Una sabiduría del cuerpo, del gozo y de la amistad,* Montesinos, Barcelona, 1984.) El ocio no es vago, como la indolencia tampoco es ascética. Al contrario, el ocio es fértil (como en el sentido griego de "scholé", a la par ocio y escuela) y la indolencia es gustosamente sensual y sensitiva... El primer poema de *Las ilusiones* –uno de los dos grandes libros poéticos de Gil-Albert, el segundo sería *Homenajes*– se titula "Himno al ocio". En esa oda, el ocio encarna todo el gozo de una vida, aceptada como forma del tiempo, pero casi arcádica en sus necesidades. Curiosamente unido al poeta, parte suya y de ese ocio, de la espera fluyen melancolía y tristeza, momentos también de la vida, "mientras duerme el mancebo aquí en mi cuerpo / su poderosa noche".

Ese "mancebo" (unido al ocio, hijo suyo o fruto suyo) es el amor, que en Gil-Albert fue siempre un homoerotismo de claro signo pederástico, en el sentido más griego del término, cada vez –por cierto– más plebeyizado, roto y usurpado por la prensa de hoy al confundir al "paidófilo"[1] con un horrible asesino de niñas...

Quizás el gran mito transgresor de la obra gilalbertiana es el del "muchacho hermoso", el ο παις ο καλος de las ánforas griegas. Un joven hermoso es la sublimación de la Belleza que (platónicamente) contiene en su transitoria imagen muchos de los valores y bondades que caben suponer al alma. Neoplatónico contumaz, Juan Gil-Albert es uno de los escritores más helénicos de nuestra cultura (quizá no fue tan casual o meramente oportuno entonces que Gil de Biedma lo relacionara de pasada con Cavafis) cuya militancia en pro de la libertad homosexual, y a favor del prestigio de la pederastia griega proviene, sin embargo, no sólo de sus lecturas –francesas probablemente– de Anacreonte o de Teócrito, sino de la importancia, en los años 20 y 30 del pasado siglo, de la figura emblemática para la homosexualidad intelectual de Europa, de André Gide.

Como sabemos Gil-Albert escribió en 1955 un magnífico ensayo sobre la condición homosexual, que por razones de censura sólo vio la luz en 1975: *Heraclés (sobre una manera de ser).* Heraclés –el héroe Hércules– está enamorado de un hermoso muchacho, Hylas, que ha sido amorosamente raptado por las ninfas de un lago... Desesperadamente (el libro invoca en su inicio esta leyenda argonáutica) Heraclés, Hércules, busca a Hylas. Es la misma búsqueda (desesperada y atemorizada) del homosexual moderno, sobre todo cuando ama a los jóvenes (recordemos el castigo ejemplar a Oscar Wilde) precisando vitalmente

[1] La voz "pedófilo", aunque sea etimológicamente correcta, debiera evitarse en español, por obvia cacofonía, siendo más exacta y menos anfibológica la forma "paidófilo".

prestigiar lo tan condenando por la moral cristiana. De nuevo –como al requerir una España nueva– nos hallamos con el sentido moral, con la propuesta de una moral renovadora, de fondo pagano, grecorromano, al enfrentarnos con la obra plural y rica de Gil-Albert. Pero una advertencia, por lo demás obvia: Su frecuente apelación al clasicismo nunca es un marmóreo o académico afán neoclásico. Todo lo contrario. Su apuesta por la renovación moral del clasicismo pagano –como en el "Quattrocento"– es una apuesta de futuro. El deseo de un más pleno y solar día mejor para todos, que aún no ha venido.

La paideia que une al joven con el adulto no es demasiado aceptada por la cultura actual, sin embargo Gil-Albert no dejó de verla como el carácter básico (al menos para muchos homosexuales) de ese día futuro, que nos haría a todos bisexuales, como lo eran los jóvenes espartanos –en un lejanísimo contexto– educados en los preceptos del "amor dorio". Lo dijo el poeta alicantino a menudo, pero en determinados momentos (aunque no debamos olvidar la prioridad cernudiana) alto y más claro. Sobre todo en el libro poético, ya muy citado, *Homenajes e in promptus*, como se tituló en la *"Obra poética completa"* (1981), el libro llamado originalmente –1976– *Los Homenajes*, escrito en 1964. Ahí está el poema "Los muchachos. Homenaje a Porfirio Barba-Jacob", que comienza así de rotundo:

> Me veo precisado a repetirlo
> una vez más: mis solos compañeros
> de ruta y lecho: jóvenes que fuisteis
> mi tentación más firme y el encanto
> de mi flaqueza....

Llega después "Anacreonte o el enamorado (Homenaje a La Vejez)", y más tarde (en el mismo conjunto) "Arquetipos (Homenaje a Brunetto Latino"), donde volvemos a oír:

> Los jóvenes no son lo que parecen
> niños que se harán hombres, luego padres,
> luego viejos. Los jóvenes dorados
> son otra cosa, seres invencibles
> que atraviesan la vida con la espada
> desenvainada...

Esos "jóvenes dorados" son, efectivamente, arquetipos platónicos que la realidad no nos hurta y que fueron cantados por el poeta tardomodernista colombiano Porfirio Barba-Jacob, cuya obra –desigual pero a veces muy brillante– conoció Gil-Albert durante su exilio en México; o Brunetto Latini (Gil Albert

escribe "Latino") el maestro de Dante, a quien este sitúa en el Infierno de la "Commedia" entre los sodomitas, quedándose muy sorprendido de su aparición y tratándolo –pese a la lluvia de fuego– con notoria benevolencia. (*La Divina Commedia. Inferno.* Canto XV, 30: Siete voi qui, ser Brunetto?).

Juan Gil-Albert escribió, además, dos relatos que atañen muy de cerca a nuestro tema: *Valentín (Homenaje a William Shakespeare)* –1971– y *Los arcángeles* (1981). Más redondo quizá el primero, historia de amor con trasfondo uranista, entre dos actores shakesperianos; la segunda es más cercana a la actualidad y contiene probablemente elementos de la propia biografía del escritor. En todo este "corpus" homoerótico, insólito en la España en que Gil-Albert lo escribió (antes de 1970) la transgresión queda aparentemente frenada –o reforzada, según se mire– por la naturalidad. Juan no tiene que defender explícitamente al aún heterodoxo tema que trata. Se defiende sólo, pues aparte de la peripecia dramática, el lector nota –ve– que todo lo que ocurre en el texto es "natural", y si se quiere mejor aún que natural, pues todo está aureolado por el mito transportador de la Belleza platónica, figura del espíritu en la materia, y que se plasma en una realidad básicamente moceril. Como he apuntado –y conviene repetir– Gil-Albert no ejemplifica su defensa del amor homosexual con el amor entre dos hombres maduros, sino según lo prestigió la Antigüedad y el Humanismo más tarde (Ficino, Miguel Angel, Cellini, Benedetto Varchi) entre un adulto y un joven o entre dos jóvenes, uno algo mayor. La relación ideal –e idealizada– erasta/erómeno.

Es cierto que tanto Luis Cernuda como Gil-Albert (como en otra cultura Klaus Mann) deben mucho al magisterio gideano, a la actitud de Gide, y no lo ocultaron, además. Pero hay que recordar que deben más al ejemplo de Gide –también escrito– que a su estricta obra literaria. Por eso, si André Gide influyó tanto en la Europa de su tiempo, puede decirse que tuvo seguidores y no discípulos. Literariamente hablando, por ejemplo, Juan Gil-Albert fue más lejos en ese camino.

Estos temas (en tanto que vertebran toda la obra gilalbertiana) podrían llevarse mucho más allá. Son en realidad el meollo o la semilla de un gran libro. Yo he querido, apenas, desbrozar los inicios...

Una España nueva que recoja lo mejor de la España aurisecular (pero que no es la "España eterna" decimonónica), el ocio como manera de vida propia del artista y del intelectual, y en tanto "ocio fértil" también de los pueblos cultivados, y el homoerotismo –incluso paídico– como una natural manera de ser, que puede y debe ser aceptada como una más entre las opiniones eróticas de vida en una sociedad libre y culta, son tres de los grandes mitos/transgresiones que sostienen la obra total de Gil-Albert. Su singularidad máxima radica en que (en el ámbito hispánico) son muy modernas a la par que muy clásicas, en el sentido de la tradición grecorromana. Eudaimonista y pensador –hombre

eminentemente razonador, sin dejar de ser sensibilísimo– creo que fue Gil de Biedma quien definió a Gil-Albert como "un español que razona", lo que evidentemente quería ser algo irónico en la época en que se escribió o dijo, en los tiempos finalísimos del franquismo. (Aunque la cita no proviene de ahí, sigue siendo muy iluminador el ensayito de Jaime Gil de Biedma, "Juan Gil-Albert, entre la meditación y el homenaje", publicado por vez primera como epílogo a la primera edición de *Valentín* y recogido después en el tomo de ensayos varios de Gil de Biedma, *El pie de la letra,* 1980).

¿Hay en la literatura española, hasta su tiempo, e incluyendo la alta cima que fue Cernuda –a quien Gil-Albert quiso maestro y amigo– un escritor tan de pasado y tan de futuro, otra de las maneras de entender la transgresión y el mito? Casi todo en la obra de Gil-Albert apunta hacia el futuro, que es rasgo de los transgresores. Y al tiempo, todo hunde sus raíces en una cultura que es tierra fertilísima y plena de nombres propios, lo que es pasado y en su mejor lectura, mito o posibilidad de mito. Un autor renovador y clásico, parejamente, no es común entre nosotros. Incluso un escritor que sabe parecer frívolo cuando conviene, siendo siempre sereno y serio. (Gil-Albert, el recuerdo viene bien al paso, prefació las obras traducidas de Jean Cocteau que Aguilar editó, en España, en 1966, *Obras escogidas*. El prólogo se titula "Coreografía de un espíritu: Cocteau"). Sin duda, Juan Gil-Albert fue –en su tiempo– un español atípico. El escritor español de una minoría nuestra siempre silenciada cuando no tachada de "antiespañola". ¿No es también Gil-Albert un autor preclaro y muy significativo de esa realidad tan española que se conoce históricamente como "la Anti-España"?. ¿Ha existido la España que Gil-Albert quiso? ¿Es acaso la nuestra? ¿O no existe aún hoy esa España anhelada?

He empezado por ahí: pese al reciente centenario de su nacimiento (1904) la obra de Juan Gil-Albert no está, ni mucho menos, en el escalafón que le es debido en la historia de nuestras letras. Razones históricas y sociológicas contribuyen sin duda a ello, pero también la dificultad de ubicación de un espíritu tan moderno y tan clasicista: transgresión y mito.

Quizás a Gil-Albert lo caracterice algo así como un mazazo suave. Su propuesta ética da una vuelta casi copernicana a nuestro mundo, y hablamos claramente de un rebelde. Pero sus modales, su forma de decir –la propia textura elegante de su prosa– son tan suntuosos, que el llamado a un cambio radical percibe a la par de la fuerza, una "vibración de estío", como tituló Juan su segundo libro juvenil (1928) no recogido voluntariamente en sus obras completas. Rotundidad y suavidad. Aticismo y radicalismo. Hay que cambiar, pero se pide –precisamente– una revolución en las formas. En el penúltimo de sus "In- promtus" (el VII) dedicado a "Elisabeth de Austria" (otro pequeño mito de nuestro autor) se concluye con este verso tan marcadamente suyo: "la sensación mortal de estar viviendo".

Todo vuela y corre, todo se deshace y huye en y con el tiempo sin dejarnos gozar pensativamente de esa sensación tan humana: Vivo y siento, siendo mortal. Mi gozo está en mi fin, como mi melancolía. Y el verso, casi azaroso, cifra muy bien la obra plural y sólo aparentemente contradictoria de Gil-Albert: la intensidad soberana de vivir (cuerpo, sensibilidad, inteligencia) depende de nuestra finitud que no es temida –como supieron Epicuro o Lucrecio– sino aceptada. Lo español civilizado. Aceptar morir potencia el gozo de la vida, y ahí está toda la ética de Gil-Albert (anticristiana) dando un sentido nuevo a la vida española. Sin temor a la muerte –que está ahí– goza de la vida. Ociosamente, cultivadamente, como el príncipe que eres de los sentidos alerta. La literatura –la poesía– son goces, júbilos pensativos. Su misión modesta: Cambiarte a ti, para cambiar la vida. Para edificar otro mundo. Todo transgresor principia en el idealismo y todo mitómano o mitógrafo no cesa jamás de vivir en él. Gil-Albert no podía ser distinto.

BIBLIOGRAFÍA

CERNUDA, Luis. *La realidad y el deseo (1924-1962). Seguido de "Historial de un libro"*, prólogo de José Ángel Valente, álbum de Arturo Ramoneda, Madrid, Alianza Editorial, 1998.

DANTE Alighieri. *La Divina Comedia. Inferno*, Milán, Rizzoli. 1949.

GIL-ALBERT, Juan. *Obra poética completa*, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, 1981, 3 vols.

— *Drama patrio*, Barcelona, Tusquets, 1977.

— *España: empeño de una ficción*, Madrid-Gijón, Júcar, 1984.

— *Valentín (Homenje a William Shakespeare)*, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1974.

— *Los arcángeles*, Barcelona, Laia, 1981.

— *Heraclés. Sobre una manera de ser*, Madrid, Taller de Ediciones JB, 1975.

GIL DE BIEDMA, Jaime. *El pie de la letra (Ensayos 1955-1979)*, Barcelona, Crítica, 1980.

LLEDÓ, Emilio. *El epicureismo. Una sabiduría del cuerpo, del gozo y de la amistad"*, Barcelona, Montesinos, 1984.

MACHADO, Antonio. *Poesías completas* (1940), 11ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1966.

NERVAL, Gérard de. *Oeuvres. I. Texte établi, présenté et annoté par Albert Beguin et Jean Richer*, París, Gallimard - La Pléiade, 1966.

SIMÓN, César. *Juan Gil-Albert. De su vida y obra*, Alicante, Instituto de Estudios Alicantinos, 1983.